

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 10

SOCIOLOGÍA

Orientación

La religión cristiana, definida por san Pablo, por los Concilios, por el Sacro Colegio, por los Papas, por Lutero, por Calvino, por todos y cada uno de sus apologistas ortodoxos ó heréticos, ó por la simple lectura del Nuevo Testamento, impone á los pobres, contra la razón, la justicia y la sociología, la esperanza y el temor, y, como consecuencia, resignación y freno;

Pero resignación que espera recompensa y freno sostenido por el temor, se traducen en la práctica de la vida, por tranquilidad y libertad para los privilegiados.

El privilegio, establecido como imposición religiosa, consuetudinaria y legal, da á los ricos, con la posesión, goce, y con la astucia, dominio;

Y goce que representa derecho, astucia que finge superioridad, se presentan como justificación contra los desheredados.

He ahí á qué quedan reducidas la fraternidad y la caridad cristianas.

No otra cosa demuestra la historia de veinte siglos.

Después, para los pobres, tras el engaño, sobreviene la duda, desvaneciendo la esperanza y el temor, y aparece la desesperación,

Y para los ricos, por la incapacidad orgánica para la continuidad del goce, surge á la postre el hastío, que trae también consigo la desesperación.

Ricos y pobres, por distintos caminos, llegan á un mismo punto, coinciden en el escepticismo, en la duda, en la desconfianza, en la incapacidad para el ideal.

Donde hay abundancia, la situación, por desesperada que sea, se hace tolerable; porque si lo moral está en déficit, lo material puede hartarse, y, como dice el adagio popular, los duelos con pan son menos; mientras que donde hay escasez todo es ruina.

En tal caso, que sería mortal si la humanidad no hallara nuevas vías, se inicia en unos la protesta y tras ella la rebeldía, y en otras la defensa y con la posición del poder la coerción tiránica.

La protesta rebelde se manifiesta y obra en virtud de un ideal que sirve de término de comparación y de aspiración revolucionaria; de criterio y de objeto.

La defensa coercitiva se funda de hecho en la fuerza, y al pretender para ella un fundamento racional se recurre forzosamente al sofisma, á la moral desacreditada, al convencionalismo, á la mentira.

La protesta es elemento de progreso: bien definida y científicamente determinada, pasa, de esperanza, á corolario infalible.

El ideal que racionalmente complementa esa protesta, por inadaptable que parezca al medio social, no es una

utopía, es un positivo artificio de la realidad contra él ni el mismo método científico-experimental tiene poder destructor, porque la inducción racional es tan demostrativa como la misma experiencia. Lo mismo abona el criterio de verdad una hipótesis ó una ley lógicamente deducida de una serie de hechos, que un conocimiento adquirido por la observación y una larga práctica.

La defensa coercitiva es elemento antiprogresivo y regresivo: por fuerte que aparezca y por cruel que se presente significa en último término la debilidad, el triunfo efímero del presente, la derrota y la humillación para lo futuro.

El objeto que se propone la defensa, á pesar de su posibilidad aparente y de los elementos con que cuenta para su realización, es imposible en su totalidad, y como tal, en su parte no realizada, deja un punto débil, un principio de mortal descomposición.

Si ese dualismo fuera eterno tendrían razón los que tras la mayor serie de progresos imaginables niegan la felicidad humana, porque se empeñan, en su testarudez, en sostener que la desigualdad renacerá siempre después de toda liquidación igualitaria; pero lo cierto es que las antiguas desigualdades sociales no son ya infranqueables, como lo eran las razas, las castas y las extinguidas clases sociales; ni es indestructible la diferencia

establecida entre el esclavo y el amo, el siervo y el señor, el obrero y el patrón, ni siquiera del paria y el brahman, el coolí y el nabab. Hoy, en la fábrica del hijo de un cualquiera, donde pueda trabajar como peón un jornalero de apellido ilustre, se pueden reunir grandes riquezas que den á su poseedor el título de rey del hierro ó de la madera, y puede llegar á presidente de una república uno que recogió colillas en su infancia.

Vivimos en un período revolucionario. La desigualdad está pagando sus pasadas culpas. La plebe burguesa ocupa hoy el poder, no como entidad dominante, sino como desbandada de rebeldes que tira á sacar para sí el mejor partido posible. ¿Qué otra cosa es esa burguesía que hoy gobierna los Estados y las Iglesias? ¿Qué son todos los funcionarios civiles, eclesiásticos y militares de todo el mundo más que plebeyos disfrazados con togas, sotanas, uniformes, bandas, cruces y bisutería de relumbrón?

La plebe como colectividad, como aluvión nivelador vendrá después; está en marcha desde el origen de La Internacional, y cuando llegue, aleccionada por la historia, cuando futuros embaucadores hablen de parodiar la farsa del 4 de agosto, es posible que no encuentren cándidos que les crean, y no encontrándolos, se acabó la división de pobres y ricos.

ANSELMO LORENZO

Conversemos

A los obreros

Los hombres investigadores que van, dolientes y pensativos al parecer, recogiendo pedruzcos en el camino de la Historia, suelen dejar constataciones de hechos que pueden y deben orientar nuestra gestión en el tráfigo hirviente de la vida.

De tales observaciones puede deducirse que siempre fué el desdén ó la

persecución para la enseñanza, por parte de los privilegiados que detentan y ejercen el Poder, síntoma preciso de retroceso y tiranía.

Hermanos: volved la vista en torno. Aquellos que á la sombra de su amor al progreso labraron el prestigio que los hizo grandes, y amasaron los caudales que los tornaron fuertes, dan

hoy tremendo bofetón á la cultura desde los altos sitios en que el fetichismo colectivo vino á colocarlos.

¿No habéis tomado nota de la reacción que ha roto su marcha sobre el trigal de la enseñanza pública?

Cuántas humillaciones y desacatos se ha podido infligir al maestro, aun se antojan pocos á los actuales dispensadores de la gracia oficial. Parece como si llegada á la cima de esas ondulaciones que muchos fingen ver en el camino del progreso, la cultura, y con ella la libertad del país, se precipitaran en la pendiente de aquella misma sospechada ondulación.

En frente de estos hechos ¿qué os ha dicho al oído el embrión de conciencia que agita en vosotros—muy débilmente todavía—las manifestaciones de su impulso?

Que estáis condenados al perpetuo engaño, á la desilución más despiadada. Que en donde quiera que reposáis la mirada de vuestra esperanza, sorprendéis al cabo la muca siempre horrible de la simulación. Que vuestros dioses políticos van resultando ilusorias divinidades cuyas virtudes milagreras se esfuman á medida que la altura es mayor, como se deshace también entre la brisa el humo de vuestros incensarios.

Vuestra conciencia os dice bien. Pero eso que á primera vista juzgáis negro atributo de la condición humana, no es sino gaje obligado del problema político en que malgastáis tesoros de voluntad y diligencia, dignos de más honrado intento.

Mientras del Estado esperéis la venturosa suerte á que sois acreedores por mandato incontrastable de la Naturaleza, y á él dirigáis las fuerzas propulsoras de vuestra energía, siempre hallaréis al final de cada esfuerzo el mismo vacío en que la duda escribe el signo de su interrogación abrumadora.

Es otro, hermanos, el camino á cuyo término están las realizaciones anheladas.

Mientras la enseñanza sea un instrumento cualquiera en manos del Go-

bierno, sufrirá esas alternativas de auge y menosprecio en que la vemos de continuo. Y esto que para algunos es accidente evolutivo, que consolidará á la postre su glorioso predominio, para las cerebraciones revolucionarias, entre las cuales la suerte colocó á las nuestras, retarda indefinidamente la victoria apetecida.

Porque decidme. Impartida la instrucción á los pueblos por individuos supeditados de todo en todo al interés político que rige en cada caso, no es una enseñanza servil la que se imparte, desprovista ya de las virtudes que la hacen útil y necesaria entre los hombres?

Para los Gobiernos—milagrosas condensaciones de la fuerza—los maestros son unos empleados cualesquiera de sus dependencias, de quienes exige callada sumisión al plan que regula su existencia política. ¿Cómo queréis que vuestros hijos atesoren los caudales de altivez y de salud moral que la ciencia prodiga, si esa ciencia deformada por el temor, se les da como simple forma retórica en el mismo plato en que les son servidas las revelaciones de una realidad completamente en desacuerdo con las aspiraciones aprendidas?

Públicamente se veja á todas horas la autoridad del Magisterio. Es más, se aprovechan los menores motivos para vilipendiarla. Decid, ¿qué pasará en el pensamiento de los niños que miran tales hechos entre el más cobarde y pernicioso de los silencios?

No, es necesario arrebatar al Estado los tesoros de la Enseñanza. Vosotros podréis hacerlo gradualmente, comenzando á meter bajo su peso vuestros hombros.

El momento es propicio. El desdén por los asuntos de la educación popular de que hacen ahora gala los que en un tiempo fueron tenidos por sus más garridos paladines, nos está invitando á darle amparo.

Ya que el Gobierno la abandona, tomémosla nosotros para llevarla en triunfo.

Acuerpemos todos esos movimientos

de renovación que en ese campo van sintiéndose: y sin llorar por el presente, más ó menos bonancible merced á las pasadas victorias de la instrucción pública, pensemos con interés en el

futuro ensombrecido, que se anuncia con las actuales defecciones de los abanderados de la cultura.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Los Soldados

¡Los humildes soldados campesinos! Entran esos hombres en el número de los que siempre me inspiraron amor: los esclavos. Los esclavos cuando no lo son de voluntad, cuando no es la vileza de su pensamiento quien los ata á la noria de la sumisión merecen ser amados. Es amable el paria, el proscrito de la vida libre. Hay que amar en él la esperanza en su resurgimiento que lo alienta, y el esfuerzo que al calor de ella rebullé en su corazón oprimido. Cuando el hombre quiere enderezar la frente y elevar su mirada, es hidalgo amarlo, es noble, es generoso.

La vida doliente de los soldados campesinos ha hecho que anide en mi ánimo más de una amargura punzante como un cardo seco; he sentido que á mi espíritu lo muerden las mismas hondas congojas que laceran sus cuerpos fatigados; y mi cuerpo se ha estremecido bajo la impresión del dolor que se distiende en sus almas. En sus almas puras y sencillas de campesinos... En sus almas opresas de soldados...

Allá en lo hondo de los ojos de esos hombres, entre las brumas de tristeza que los nublan, y tornan agónicas las fulguraciones que fueran hermosas antes, cuando el campo amplio, alegre y destellante, recogía la oración de sus miradas, hay un vago tinte de semblanza con el mirar penosamente incierto de los bueyes. De los mansos bueyes que encendieron el fuego de su virilidad ante el altar siniestro del yugo...

¡Cómo es verdad que los soldados son bueyes, bueyes que al igual de los que agostan el césped de los campos lejanos y arrastran sobre ellos la furia tajante del arado, han de poner

el punto final á su existencia entre la sangre del matadero! Triste es morir así. Morir cuando no se ha vivido. Es estar despojado del hermoso derecho de morir por deber. Porque el deber de morir por la patria, quién no sabe ya que es una ignominiosa sumisión, como son ignominiosas todas las que nos antulan para comprender las cosas realmente grandes. Las cosas de la vida profunda. Las cosas de la vida humana, tan distinta de la que reflejan en sus ojos tristes, los tristes bueyes. El heroísmo es una virtud corruptora, la más viciosa de todas quizá. La muerte más despreciable es por eso la del héroe patriota. No es digno de haber vivido quien muere glorificado por la patria.

Pobres soldados campesinos, hijos de la montaña altiva como la lealtad. Dicha grande es que en esta tierra no estéis destinados á ser héroes... Yo pienso mucho en vosotros cuando reostado en los postes de piedra que rodean la plaza de armas, os veo marchar automáticamente; pienso entonces en vuestras almas, en vuestros cuerpos, pienso en vuestros añorados hogares distantes, en los campos que consumieron vuestros primeros vigos, en las aves que cantaron vuestras entradas al trabajo, en la placentera campesina que os besaba la frente sudorosa en la hora melancólica del atardecer. ¡Recordar cómo erais, qué triste! Es angustioso recordarlo. ¡Haberis visto antes, y contemplaros hoy que ya no sois los mismos!... Haberos visto encaminar vuestros pasos en la hora primera del día hacia el amado plantío, acompañados del gruñidor perrillo retozón, con la pala al hombro, rientes, frescos, agresivos para la amenazante

fatiga, con un envejecido *calabozo* pendiente de la nervuda mano, crispada por el ansia de trabajar... y veros ahora enfilados como bestias, marchando maquinalmente bajo el peso del rifle, repletos los rostros de palidez, de cansancio las espaldas, inclinados, oyendo ya no el armonioso y acariciante murmullo campestre, sino el tosco bullicio de la urbe, y á ratos, cual chasquidos de un látigo, las groseras voces de mando...

Pobres vosotros, campesinos humildes, á quienes se pone una arma en las manos y se incuba la artera noción del exterminio en el alma. Pobres vosotros, que acaso sentís ya también, como los amos que os humillan brutalmente, las caricias insinuantes y los lascivos lisonjeos de la perversa ambición dominadora que tantas veces os ha hecho inclinar la espalda ante la amenaza de la hoja de acero, del cintarazo vil, del hosco cintarazo infame que pone en fuga, á fuerza de morder vuestras carnes cansadas, las nobles rebeldías que á ratos os disponen á recobrar valerosamente los derechos perdidos. Perdidos tal vez para siempre.

El sol de vuestros campos que allá os acariciaba sonriente, con celestial sonrisa, aquí os quema sin piedad; el agua del bullido manantial que allá vigorizara vuestros cuerpos, os enferma aquí. La apacible dulcedumbre del hogar, blanda como el césped joven, que era el encanto vuestro, trócase aquí en áspera voz que ordena, en irritado gesto que intimida. Y así todo... Y así todo lo que era bueno... Cuanto vosotros quisistéis... Todo eso se extingue cuando dáis el primer paso hacia dentro del sucio portalón del cuartel,—lóbrego portalón que debe de pareceros cuando su imagen hiere por primera vez vuestras retinas asombradas, el frontispicio de una tumba inmensa, colosal. Que en verdad es el cuartel la tumba de todo lo que en vosotros era verdadera virtud y lozanía de espíritu!

Cómo os parecerá nostálgico el canto periódico del clarín que toca diana,

á vosotros los que sorprendisteis al orgulloso gallo de vuestros lares aprestarse para saludar el florecer augusto de la aurora, soberanamente? Recordáis? Recordáis que el gallo os llamaba todos los días á animar la quietud de la labranza en reposo con la fiesta fecundamente hermosa de los esforzados afanes vuestros? Ah!, sí: sí sabéis que el agudo sonido del dorado metal no es el mismo que alegraba entonces vuestros oídos. El clarín no es amigo vuestro, no es vuestro hermano; su voz ha perdido encanto y dulzura en la fatídica hermandad del rifle, de la deslumbrante bayoneta, de la filosa espada, de la vara traidora del cabo, del rugidor cañón. El no sabe las que el inquieto gallo: canciones de paz, psalmos de salud y alegría. Sus endurecidos labios sólo pronuncian malditas voces de guerra, de sangre, de muerte, de horror... y de irremediable obediencia. De obediencia ciega.

Con algo que mucho se parece al clarín se llama y enfila, se endilga al ganado. Y el rebaño, acallando sus enojos, marcha, marcha sumisamente hacia donde lo quieren las vibraciones que atraviesan el aire. He ahí el destino fatal de todos los rebaños: oír la orden, y adelante, más adelante, hasta dejar atrás, muy lejos, perdida, olvidada, la ensoñada vida de la verdad.

Oh! soldados campesinos! No hay que llorar por la pureza ya macilenta de vuestras conciencias; no hay que llorar por la desolación de vuestros hogares entristecidos; no hay que llorar por el quietismo de vuestras tierras adormiladas en la espera de vuestros brazos...

Con el clarín se anuncia la salida de las bestias á la plaza en las bárbaras lidias de toros: la aparición de la bestia en vuestras almas se anuncia también con el clarín. El la aclama regocijado. Cuando ya no querráis oír más las palabras de ese tétrico agorero, abrid los oídos del alma á los cantos de protesta que en sus hondones brotan y á las voces de solidaridad que allí se elevan. Brotan y se elevan, desbordantes de porvenir, como una hermosa promesa

de redención que no debieráis rechazar. Recogedla! Y pensad que en ciertas rumorosas noches del año, sin recordar que hay humanas leyes y fronteras que ellas demarcan, bandadas de aves que vienen de otros países, atra-

viesan volando con mágica velocidad el inviolable territorio patrio, en busca de más dulce abrigo, de vida más amplia para ellas y sus hijos.

OMAR DENGO

Sociología matemática

Son únicamente ciencias exactas las matemáticas ó aquellas ciencias á las que presta carácter de exactitud la aplicación de los principios matemáticos.

Esto ocurre con la mecánica, la física, la química, la astronomía, ó por mejor dicho, con las ramas de dichas ciencias en que ha sido posible aplicar las leyes matemáticas del tiempo y del espacio.

Lo mismo ocurrirá con la sociología el día en que, además de las aplicaciones cada día más numerosas de las ciencias naturales al estudio de la evolución, se substituyan los sofismas políticos y filosóficos por consideraciones puramente analítico-numéricas, algebraicas ó geométricas.

Sabido es que no bastan las impresiones de nuestros sentidos, limitados é imperfectos, para permitirnos formar un concepto real de los hechos. Según las circunstancias, tal distancia nos parece grande ó pequeña, tal temperatura baja ó elevada, tal movimiento lento ó rápido. Si en una vasija de agua tibia introduzco mi mano derecha que se hallaba cerca del fuego, é inmediatamente mi mano izquierda que estaba tocando nieve, la primera me dice que aquella agua es fría; la segunda que es caliente. Ni fría ni caliente, me dice el termómetro: tantos grados centígrados.

Asimismo las matemáticas me dan el número exacto de kilómetros cúbicos de nuestro globo terráqueo, que ayer consideraba sumamente grande comparándolo conmigo mismo, y que hoy me parece infinitamente pequeño al lanzarse mi imaginación por las regiones del espacio infinito, poblado de

soles ó estrellas á cuyo lado aparece como un grano de arena el planeta que habitamos.

Por esto, no es extraño que las teorías, las hipótesis de las ciencias tengan solo un valor relativo, mientras no hayan venido las matemáticas á sancionarlas, dándoles desde aquel momento el carácter de verdades eternas.

Las leyes de Kepler sobre los movimientos de los planetas, la ley de la gravitación universal de Newton, los teoremas consignados en la Mecánica celeste de Laplace, son verdades matemáticas indestructibles; pero no ocurre lo mismo con las distintas hipótesis astronómicas de la formación de los mundos.

La teoría química de Laivisier reemplazó á la hipótesis del flojístico de Stahl, y fué reemplazada á su vez por la teoría unitaria, la cual se halla hoy á punto de desaparecer ante los nuevos hechos revelados en los recientes experimentos hechos con el rádium. En cambio, la ley matemática de la periodicidad atómica es eterna. Tanto se puede confiar en ella, que ha permitido á sir W. Ramsay anunciar la existencia de nuevos elementos y descubrirlos luego, como la ley de la gravitación permitió un día á Levenier fijar la atención en la bóveda celeste el sitio que debía ocupar el entonces desconocido planeta Neptuno.

En el terreno de la sociología, la bondad de los sistemas que se aplican en el presente ó se preconizan para el porvenir, tienen sólo un valor relativo. Es claro que dicha valor aumenta considerablemente con la introducción de las leyes naturales en el estudio del problema; pero no tendrán un carác-

ter de absoluta é irrefutable exactitud mientras no resulten para cada caso soluciones de un problema matemático debidamente planteado.

Tanto la legislación en general como la mayor parte de los programas políticos, económicos y sociales, tienen el defecto de invertir los testimonios de cada problema social particular, el cual no es otra cosa que una función de una ó muchas variables. Ahora bien, cualquier matemático se reiría de aquel que pretendiera dar valores á una función algebraica, como si las variables no existieran, y con objeto de que fueran estas variables las que tomaran valores determinados según las variaciones de la función. Y, sin embargo, esto es lo que hace todo legislador ó inventor de dogmas políticos, económicos ó sociales. Dictar una ley para la colectividad ó función, con objeto de obtener que los individuos de dicha colectividad, esto es, las variables obren de tal ó cual modo, es, no sólo un acto tiránico, sino también una heregía matemática. Lo es igualmente querer suprimir un mal social, función de una porción de variables, sin dar á esas variables los valores que reducirían á cero la función: por ejemplo, si quisiera suprimirse por medio de leyes el robo, la usura ó el asesinato, funciones inseparables de numerosas circunstancias variables, que nadie ignora, sin modificar estas circunstancias de tal modo que reduzcan á cero ó á la menor cantidad posible las funciones que de ellos dependan.

Y esto, aunque resulte una tarea gigantesca, se halla completamente

dentro de los límites de lo posible.

En vez de legislar sobre cada cuestión ó de proponer remedios empíricos, cúidense los hombres de ciencia y los hasta hoy legisladores de reunir datos suficientes para en cada caso obtener cierto número de valores de la función para valores anteriormente conocidos de las variables correspondientes. Tomando sobre dos ejes coordinados los valores señalados por las estadísticas, se obtendrá una curva cuya ecuación será precisamente la ecuación del problema que se trata de resolver.

Planteado cada problema en esta forma, una operación algebraica en cada caso bastará para indicarnos cuáles serán el valor ó los valores que habrá que dar á la ó á las variables para que la función adquiera tal ó cual valor.

Excuso decir que nuestro programa, variable según varíen, por el proceso de la evolución, los problemas que se presenten á nuestra solución será éste:

Aspirar en cada caso á que las variables tomen aquellos valores que reduzcan la función á cero ó á un número, cuando dicha función represente dolor, tiranía, odio, vicio, privación, malestar general. Y procurar dar á dichas variables en cada caso los valores que transformen la función en un máximo, tendiendo siempre hacia el infinito, siempre que dicha función represente bienestar, amor, abundancia, virtud, libertad.

Tal deberá ser, á mi entender, la base de la futura sociología matemática.

F. TARRIDA DEL MÁRMOL

PEDAGOGÍA

Los exámenes

«La enseñanza con examen es un criadero de esponjas que se quedan secas y endurecidas y por lo tanto in-

servibles, una vez pasado el examen, durante el cual exprimen su jugo y como todo el que tenían era prestado,

sin cosa alguna propia, al exprimirlo se quedan totalmente vacías, con la particularidad de que, si trabajo costó hincharlas lo más posible y en corto plazo de tiempo, no menos cuesta el deshincharlas en período mucho más breve. Hay que presenciar los exámenes y presenciarlos de frente, precisamente al examinando, como á mí me pasa, para ver el esfuerzo brutal que ellos exigen. Son muchísimos los jóvenes que llegan lívidos y desencajados, los que no saben lo que les pasa y no aciertan en nada de lo que dicen y todo lo trafican. Porque icuidado si tiene uno que poner diligencia para que no ocurra esto, para no dejarse escapar, por ejemplo en el examen de Patología general una clasificación ó un detalle que expuso el catedrático ó que está en el libro de patología médica ha de respetarse! y se sabe que cada maestrillo tiene su librito y á cada cual hay que decirle precisamente el suyo para darle gusto y ganar la aprobación».

«Los exámenes tienen á su cuenta el estropear y desfigurar muchas vocaciones y el hacer cobrar odio al estudio á no pocos jóvenes que de otro modo le tomarían afición y llegarían á ser vigorosos y muy útiles personalidades. Los exámenes contribuyen grandemente á hacerles tirarse en el surco y arrimarse á la *cómoda nómina*».

«No hace mucho tiempo me decía un alumno, que tiene guardados bajo llave los libros que estudia con gusto verdadero, hasta que concluya sus exámenes y pueda arrojar á un rincón los que ahora le tienen secuestrado el entendimiento y aniquilada la salud, la libertad y hasta el placer de la vida».

Suscrita por más de cuatrocientas personas, todas ellas de reconocida autoridad en el ramo del saber se publicó en Inglaterra una protesta bajo el epígrafe *El sacrificio de la educación al examen* y entre cuyos firmantes figuran Max Muller, Grant, Allen, Carpenter, Bryce, Freeman, Romanes, Cunmighame, Grahon, Kidd, Bum, Jones, Stor, Bostian, Sayce, Dewar,

Warner, Armostrong, Brown y otros. ¿Y qué dicen todos estos señores? Véamos:

«La administración y los maestros tratan al niño como un instrumento que hay que preparar para ganar dinero del Estado, en forma de pensiones y empleos de todas clases, como se forma un potro para las carreras».

«Toda preparación para un examen, un premio, una oposición tiene esto de malo: sólo despierta la emulación y la emulación es una de las formas inferiores de la lucha animal por la existencia, desmoraliza, obliga á desatender los fines superiores de la educación y hace imposible la diversidad y originalidad en ésta, imponiendo á todos un tipo único: el que ha de dar la victoria en el concurso».

«El sacrificio de las facultades superiores á la rutina, el rápido olvido de lo que de ese modo y con tal fin (sea aprobado, llevarse la nota), se aprende el cultivo esmerado de la superficialidad para tratarlo todo, compaña inseparable de la incapacidad para tratar á fondo nada y del deseo, no de saber, sino de parecer que sabemos; la pasión para improvisar juicios cerrados sobre cosas arduas y difíciles, con la osadía, ligereza, falta de respeto, indiferencia por la verdad que todo esto engendra; la subordinación de la espontaneidad y sinceridad al convencionalismo de las respuestas á un programa, la habilidad para cubrir con la menor sustancia, el mayor espacio posible; la disposición y anarquía de la fuerza, el disgusto del trabajo, si no tiene carácter remunerativo».

El maestro y el estudiante al presentarse al acto del examen llevan ya el convencimiento de la comedia que van á representar. El maestro cree salvar su prestigio de tal, sacando adelante á sus discípulos, sin importarle los medios. El estudiante busca la aprobación también sin importarle los medios, y solamente se fija en que el fin justifica á éstos. La inmoralidad de los exámenes tiene allí su prólogo.

LUIS FELIPE GONZÁLEZ

PÁGINAS LITERARIAS

Excelsior

A la República Escolar

Niño, cree en tí! La firme confianza
en el propio valer el triunfo da;
uno mismo es factor de su esperanza
y uno mismo la torna en realidad.

Ocupa en el girar de la existencia
el lugar que tu espíritu le dió:
el puesto que te asigne tu conciencia
ese ha de ser el que te asigne Dios.

Haz lo que grandes hombres siempre han hecho
en la noble locura del ideal:
tener altos anhelos en el pecho
é ir hasta el fin sin vacilar jamás.

Ayúdate! No entregues tu destino
al acaso ó á ajena protección:
tu propia voluntad es el camino
y la fuerza tu propio corazón.

No sólo es héroe el que en febril combate
obtiene un triunfo de sangrienta lid;
más grande es el que lucha y no se abate,
el que mira de frente al porvenir.

Lo que eleva á la cumbre desde abajo,
la recta escala que conduce al bien,
es la virtud, la ciencia y el trabajo
movidos por la fuerza del deber.

Trabajar es vivir, y en lontananza
ha de haber un objeto, un ideal;
pues lo que alienta al hombre en la esperanza
es la voz que le dice: más allá!

El que vacila, el que en su afán no sabe
cuál es la ruta que conduce á un fin,
es como en negra tempestad el ave
que arrastra el huracán hasta morir.

Cuál, pues, será el objeto? En lo profundo
de nuestra voluntad está el poder;
y quedan tantas cosas en el mundo,
que nosotros pudiéramos hacer!

Sueña, ten fe y trabaja! Su desaire
la suerte no lo muestra al que soñó:
hacer altos castillos en el aire
no es locura cuando es aspiración.

Álzate, sí; pero egoísta idea
no manche el timbre de tu esfuerzo audaz;
piensa en tí mismo y en los otros; sea
tu más alta pasión la humanidad.

ISAÍAS GAMBOA

Dulce trovador de Colombia que ya duerme en la tumba.

Andresillo

¡Santo Dios! ¡Qué vió Andresillo al salir á la puerta de su casa, que le hizo sorberse la pieza que silbaba y abrir sus ojazos de tal manera que parecía se iban á comer toda la cara?

—Han cogido á Cholo!—gritó; y quitándose la gorrilla echó á correr con todas sus fuerzas.

Pero todo fué en vano. Las amenazas y las súplicas de Andresillo no pudieron conmover á aquel mal hombre, á aquel aborrecido *Tigrilla* que se alejaba por la media calle, arrastrando al pobre perro que lo seguía resistiéndose. Era inútil que se afirmara en sus patas traseras ó que ladrara desesperadamente; el sogueador de perros tiraba de él con crueldad y lo obligaba á seguirlo. El niño habría seguido corriendo tras su perro que le arrebataban, si un *policia* no lo hubiera detenido.

Un rapazuelo, camarada de Andrés, se acercó y le dijo: debes apurarte á ir por tu perro porque si no lo matan; yo creo que aguardan tres días no más.

El muchacho volvió á su casa paso á paso. Algunas personas pasaron á su lado sin fijarse en la pequeña figura que con los labios apretados, la gorrilla caída de un lado y las manos metidas en las bolsas de los minúsculos calzones, caminaba restregándose contra las paredes. ¡Y cuánta amargura había en ese corazón de siete años!

El habría preguntado al policia que cómo hacía para que le devolviesen su perro y aquél le contestó que tendría que pagar once colones. ¿Qué hacer? De dónde tomaría él once colones? Uno *liquido* era todo lo que sonaba entre su alcancía. ¡Qué tonto había sido! Antes pensaba que tener un colón significaba poseer mucha plata y ahora comprendía que tal cantidad es una miseria. ¡Once colones! ¡Cuánto dinero! ¿A quién pedirlo? A su padre ni para qué pensar! El y todos los de casa, acabando por la cocinera, bien aborrecido tenían al pobre cholito. Pero, ¿por qué no lo querían? Ciertamente que á veces era tan goloso el maldito! *Esa*

era la cosa. Pero también si era goloso era porque se quedaba con hambre. Ahora, ¿por qué decían todos que Cholo es feo? Tan tristes que tiene los ojos y luego aquella monada de cola, una colilla chonca que le luce tanto!

Andrés sollozó. Le pareció que al entrar á su casa le salía á recibir la pequeña figurilla negra de su can, flaca, vivaracha, poniendo tiasas las orejas á cada movimiento.

Metióse tras una puerta y apoyó la frente en la pared. Oía el ruido de los platos al colocarlos en la mesa, pero él no sentía ganas de almorzar ¡qué iba á sentir con el gran nudo que tenía atravesado en la garganta...! Su madre lo llamó.

Arrastrando los pies se acercó al comedor.

—Levanta esos pies, hijo—habló la madre.—¿No te enseñan en la escuela á caminar?

—¿Qué le pasa á este señor?—dijo el padre al verlo entrar con la cara baja y los ojos enrojecidos.

—No quiero almorzar—fué lo que replicó Andrés.

—¿Que no quieres? ¿Por qué? ¿Te castigaron en la escuela? Ya sabes que á mí no se me habla de no querer comer.

—Es que soguearon.....á *Cholo*—murmuró, y en su pequeña cara se notó el esfuerzo que hacía por no llorar.

El padre rió y los hermanos mayores hicieron coro. Andrés sintió deseos de arañarlos.

—Gracias á Dios, hijo, no sabes cuánto me alegro; tu madre se contentará más aun. Ya ese perro nos tenía aburridos con sus robos y sus fechorías.

—Ayer no más, se llevó las dos libras de lomo, agregó toda consternada la mamá.

Para qué alegar nada? Bastante conocía Andrés lo mal querido que era Cholo en su familia.

Las barbaridades que tenía hechas! A su hermana Merceditas le había estropeado aquel par de zapatillas blan-

cas tan nuevas y tan bonitas, por lo que nunca acababa de lamentarse la niña; una de las pantuflas de su padre, bordadas por la abuelita que había muerto, no la encontró una mañana el buen señor junto á la cama, porque Cholo había decidido echarla entre un caño. ¡Y las atrocidades que acostumbraba hacer en la sala y en los dormitorios, cuyos pisos eran los ojos de la cara de la tía Eulalia y de su madre! ¡Ah! si Cholo se había paseado hasta en los ojos de estas buenas señoras! ¿A qué hablar de las golosinas que hacía diariamente?

Si hasta cierto punto aquel diablillo negro tenía culpa de que no lo quisieran. Pero, todas sus malas acciones le daban á él, á Andresillo, tanta risa!

El chieuelo casi no probó bocado.

Mustio y cabizbajo, con la gorrilla ladeada y las manos en los bolsillos se marchó á la escuela. Ese día la maestra no fué víctima de sus travesuras; tampoco la clase se alegró con gorgéo de su charla ni la risa vino á hacer nidos en sus mejillas. ¡Para camanances estaba él ese día!

La única vez que habló fué para preguntar á la maestra si á ella le parecía que once colones hacen una gran cantidad de plata.

El toque de la campana que llamaba á recreo, no hizo como en otras ocasiones, brincar de alegría su corazón, que siempre parecía en lo asustadizo y juguetón un ternero recién nacido.

Recostado á un árbol pensaba en Cholo. ¡Pobre Cholo! ¡Cómo se había dejado coger! ¡Ah! Ese día cuando llegara á casa, no tendría con quién echar su jugadita. ¿Qué estaría haciendo el perro? Seguro que echado en un rincón, pensando en él. ¡Si su padre supiera lo que Andresillo quería á Cholo...! seguramente le daría los once colones.

¿Vas esta noche á vender *El Cometa*? gritó un chico tras él, á otro que pasaba. Ven conmigo que no deja de ganarse algo.

Andrés tuvo una idea. Se acercó al que había hablado y le preguntó si por

vender *El Cometa* se gana, cuánto y dónde tendría que pedirlo.

—Hoy es viernes—dijo el otro—esta noche sale, si quieres paso por tí y vamos al Barrio Amón, donde vive el señor que lo hace..

Después que comió se escabulló y fué á situarse con una bandada de chiquillos traviesos y bullangueros frente á la casa del director de *El Cometa*. No tenía deseos de jugar y se estuvo sentadito en la grada sacando cuentas con los dedos y pensando en Cholo.

Esa noche hizo lo que pudo. Primero imitó á su compañero y luego trabajó por su cuenta. Tocaban la retreta en el Morazán y él se metió entre el barullo de gente voceando su mercancía. Aquello de vender periódicos era una novedad para él y llegó un momento en que hasta se olvidó de su perro. ¡Qué raro le parecía oír levantarse su voz fina que dominaba la bulla. Las palabras salían con fuerza de su garganta y él las dejaba caer sobre la gente, juguetonas y alegres como un puñado de confetti: «*El Cometa*, á quince centavos».

Cuando regresó á su casa sintió temor; metióse los periódicos entre la blusa. La madre lo reconvino por llegar tan tarde; felizmente el papá estaba ausente.

Otro día matarían á Cholo... no quedaba ninguna esperanza. De los 50 números de *El Cometa* que le habían dado sólo 27 había podido vender á pesar de que hizo todo lo que estaba á su alcance. ¡Y las dos *regañadas* que se llevó por las dos noches que se había *zafado* á vender *El Cometa*!

El dinero que había ganado por esta venta estaba tan lejos de llegar á once colones! Pero él no se resignaba á la idea de que mataran al Cholo. Él había estado ese día y el anterior á verlo allá donde llevan á los perros, á un patio en el que entre una especie de jaula muy grande, meten á los que han cogido. Él le había llevado pan y carne que consiguió escamoteando á la cocinera. ¡Qué contento se puso cuando lo vió! Paraba las orejas, la-

draba y erguía aquel adminículo suyo tan simpático, su pedacito de cola que agitaba con la misma alegría con que cualquier hombre agitaría su sombrero al ver acercarse un amigo que no ha visto en mucho tiempo.

Sin embargo, Cholo tendría que morir. Un hombre le dispararía un balazo y el perro caería patas arriba para no volver á levantarse nunca; así le había dicho un compañero que sabía del asunto, á Andrés.

—*El Cometa, El Cometa*, grito una vez más con voz desmayada. Estaba en la esquina del Imperial, pero él no veía ni oía los tranvías que pasaban ni los automóviles que se alejaban sonando sus sirenas, ni á los transeuntes que caminaban riendo y conversando. Él no pensaba más que en su perro tendido patas arriba, muerto. La orquesta que tocaba esa noche en La Magnolia, preludió un vals:

¿Por qué aquella música lo hizo sentirse tan triste? no podía más: se alejó un poco por una de las calles laterales y refugiándose en el hueco de una puerta, comenzó á sollozar cubriéndose la cara con los periódicos.

—«La lotería. Aquí está el gordo», gritó una voz fresca junto á él. Alguien se detuvo y puso una mano sobre la cabeza de Andresillo; éste la levantó y reconoció al muchacho que estaba á su lado.

Era Vargas, un compañero de escuela que cursaba el tercer grado, uno á quien Andrés quería porque muchas veces lo había defendido cuando uno más grande quería pegarle; á veces le traía á caballo desde la escuela hasta la casa y algunas veces también lo había hecho rabiarse diciéndole que si quería *ver á Dios* y cogiendo su cabeza entre las manos le suspendía.

A Andrés le parecía un hombre porque usaba *calzones largos*.

—¿Has perdido la plata, Sáenz? ¿Por qué lloras?

El pequeño no contestaba, seguía sollozando.

—No llores más, si no voy á creer que no eres un hombre.

A esto el chiquillo saltó como una

explosión:—es que mañana matan á Cholo; yo quería ajustar once colones vendiendo *El Cometa*, para sacar mi perro, pero ya ves, sólo veintisiete he vendido... y mañana matarán á Cholo... le darán un balazo! Y yo no quiero que lo maten, no, no, pero no tengo de donde tomar once colones.

—¿Quién es Cholo?

—Mi perrito negro, ¿no lo conoces?

—¿En tu casa no te darán el dinero?

—¡Qué va! En casa más bien están contentos, porque allá nadie quiere á Cholo.

Andrés volvió á sollozar.

Vargas no dijo nada; sentóse al lado del chiquillo, el cual lo vió por un rato mover la cabeza y le pareció oír algo como si por la garganta de Vargas pasaran tragos muy gruesos.

Por fin habló:—Oye Sáenz, ¿cuánto dinero tienes?

—Un colón en mi alcancía y lo que he ganado por vender veintisiete *Cometas*.

—Bueno. Yo...hace días estoy guardando dinero para comprar un vestido...tengo diez colones, tú tienes uno... ya son once. Te ofrezco mis diez colones. ¿Los quieres? Vargas echó una ojeada por su pobre vestido. Los codos parecían narices que asomaban por las mangas rotas. Pasó su mano por los viejos pantalones tan llenos de remiendos, como si los acariciara y los exhortara á tener paciencia.

—¿Y tu vestido? preguntó Andrés.

—Como yo vendo periódicos y lotería, pronto volveré á ajustar. No te apures.

—No hubo que convencer mucho al niño, el cual se acostó esa noche sonriente, á pesar del *jalón de orejas* que le dió la mamá por llegar tarde á casa.

Otro día muy de mañana Cholo estaba en sus brazos; y aunque le puso la blusa como no deseaba la viera la madre, á él no le importó.

Con la cara hecha una fiesta, porque había iluminación de ojos, exhibición de blancos y mentudos dientes, y camanances en las mejillas, regresó á casa.

Aquí vinieron las averiguaciones de

que cómo había sacado el perro y que de dónde había tomado los once colonos. El padre se conmovió mucho cuando el niño le contó la acción de Vargas. Fué á la escuela y abrazó al muchacho delante de todos y refirió el bello hecho.

Otro día Andresillo le llevó de parte de su padre un vestido con un billete de diez colonos en uno de los bolsillos. Al entregárselo le dijo con vocesilla trémula: Vargas, te quiero mucho, más que á mis hermanos... y moviendo la cabeza como Vargas la moviera en otra ocasión y tragando

algo tan grueso como el salvador de Cholo tragó una noche, le dijo: Te regalo á Cholo.

Vargas sonrió. Al cabo de un rato de pensar, dijo: sé que eso es para tí un gran sacrificio. Guárdate tu perro, chiquillo, que yo nunca podría quererlo como lo quieres tú.

Todo conmovido Andrés, y en su afán de que el otro comprendiera lo que pasaba en su interior, exclamó con los ojos llenos de lágrimas: Si quieres, *hazme ver á Dios* y verás como no me enojo.

CARMEN LIRA

Frío...

De codos en el amplio ventanón de la confitería, con el rebocillo—un andrajó—recogido en el cinto, apoyada la barba sobre una mano y teniendo el lfo de ropas á los pies, la pequeña lavandera pasa y repasa con la mirada el contenido de la ventana.

Ha medido en todos sentidos las montañas de higos y de fresas azucaradas y los rimeros inmensos de gajos de cidra—pequeñas bateas—que llenan el fondo. Ahora trajina con el deseo los macisos conos de jalea, rosados y erguidos como pechos de mujer joven,

cuya sola presencia humedece la boca de la pequeña obligándola á contraer la comisura de los labios, pálidos como cáscaras de nuez.

—Lo que será todo aquello!

Olvida al cabo que entre ella y aquel placer entrevisto, media una muralla infranqueable, una barrera transparente, y extiende la mano hacia los barcos. El deseo desfallece al topar con algo muy frío, tan frío como el desencanto que florece en la sonrisa de la pequeña lavandera.

RUBÉN COTO

Fragmento

Estos hombres de las ciudades, nacidos y criados en un estrecho cuarto; estos hombres á quienes la verja de un jardín les hace horizonte; estos hombres que van á respirar *aire libre* á una plaza de cien metros cuadrados, ahogada entre oficinas y almacenes ¡cuánto van á sentir la necesidad de ser li-

bres, ni los impulsos de altivez de aquellos que nacieron en pleno campo, ejercitaron sus músculos y sus pulmones trepando á las cimas de los montes, y acostumbraron sus ojos en la contemplación de los horizontes infinitos!

ALBERTO MASFERRER

Pensamiento

¿Qué hacía Dios antes de la creación? ¿Dormía? ¿Velaba? Si dormía de toda eternidad, estaba muerto; si velaba, le faltaba algo á su felicidad; si tenía necesidad de algo, no era Dios; si no le faltaba nada, ¿para qué crear el mundo? — PLATÓN.

CRÓNICAS SOCIALES

Vicente y "la sierpe"

Los cuentos de Vicente, —hombre bueno que durante más de doce años estuvo al frente de las pequeñas labores agrícolas de mi padre,—brillantes acuarelas pintadas sobre el lienzo de su fantasía ingenua y viva, constituían mi manjar predilecto.

Aquella tarde refunfuñé como nunca por haber servido la mesa casi ya entrada la noche. ¡Perder las historias de Vicente! No estarían más felices las mariposas sobre las flores libando su rico néctar, que yo pendiente de la última sílaba de mi amigo, escuchando sus relatos. Ante mis ojos hacía desfilar los más bellos panoramas de la realidad y todos los encantos del misterio. Dragones, aves gigantescas, el dueño de monte, el tigre pecho-amarillo, el peje amigo del hombre, la carreta sin bueyes, los masones, las brujas de Escasú, el destierro del Obispo, la tulivieja, las *cascabelas*, el gavilán de costa que mata terneros, la Virgen de los Ángeles, los duendes, las ánimas, las culebras que parecen trozas dormidas y que sólo despiertan cuando el caminante, equivocado, se sienta sobre ellas á descansar, los querubines, ángeles y arcángeles; las legiones de diablos con el Feo á la cabeza, los generales Salazar y Blanco, etc., etc., etc. El repertorio de Vicente era infinito!

Esa tarde, cargada de aromas que enviaba el bosque vecino, Vicente, echó el cuento de la sierpe.

¿Ve usted —dijo— aquel potrero? Principia en la punta del cerro que queda cara á cara con la iglesia de Aserrí, en el propio lugar donde plantó la cruz de Nuestro Señor un misionero que mandó el señor Obispo; desde allí descendiénd y va á morir, por el lado de Alajuelita, en una *esplanada* que está en el bajo. En ese bajo hay

una gran laguna que es el espanto del ganado. Si una vaca ó un caballo fueran allí á comer del rico pasto que se da, al momento morirían como heridos por un rayo, porque debajo de aquella laguna vive la «Sierpe». Dios libre á todo cristiano de acercarse á aquel tembladero para morir entre relámpagos y truenos que salen de la laguna!

Hombre ya, he sabido que existe un animal, el *gimnoto eléctrico*, especie de pez que vive en las lagunas de América tropical, provisto de verdaderas baterías eléctricas con las cuales se defiende al ser atacado. Para darle caza se ha inventado un medio muy original: varios ginetes, montados en potros briosos y valientes, se arrojan al pantano donde vive el gimnoto quien, al sentirse acometido, lanza terribles descargas eléctricas, dañando muchas veces á hombres y caballos. Tras muchas descargas el animal se agota y ya entonces la operación se reduce á extraerlo del lodazal.

La leyenda griega nos dice que Hércules mató la Hidra de Lerna, monstruo de siete cabezas, las cuales había que cortar de un solo tajo para destruir al animal; leyenda que guarda el recuerdo de la destrucción de las emanaciones palúdicas.

Lo anterior son cuentos y leyendas y animales. Pero es que existen otros pantanos, otras sierpes, otros paludismos y otros héroes.

¿Qué son esas responsabilidades que se abrazan en la sombra; esas solidaridades de malhechores que ostentan audazmente la máscara de sus indelicadezas, confiados en que nadie pedirá

explicación á sus actos? He allí el pantano! He allí el foco del paludismo moral que amenaza llevar el desaliento total á las poquísimas conciencias puras con que aun cuenta el país!

Malversación, filtración, mangoneo:

vosotros sois la hidra de las siete cabezas! Ya estáis sintiendo el golpe formidable del brazo de Hércules!

Así lo quisisteis.

SALOMÓN CASTRO.

A modo de crónica

La victoria japonesa en Manchuria.—Estudios recientes y preciosos acerca del grado de asimilabilidad de los albuminoides han demostrado que el abuso de alimentos nitrogenados vegetales (frijoles, etc.) es mucho más peligroso que el abuso de los alimentos semejantes de origen animal. Esto significa la derrota del vegetalismo en química biológica. Oigamos ahora á J. J. Matignon, ilustre médico militar, que ha pasado 10 años en Oriente y seguido los ejércitos del Mikado, anotando con escrúpulo cuanto se relaciona con el problema de la alimentación de las tropas, problema muy importante, puesto que, según la expresión de Vauban, «el arte de la guerra no es nada, sin el arte de hacer vivir al soldado»:

La derrota de los rusos ha servido para toda clase de demostraciones: según los casos, ha servido para probar tal ó cual teoría militar, política, social, moral, religiosa.... y aun alimenticia. Se ha sostenido, en efecto, que la victoria japonesa ha consagrado el triunfo del vegetalismo oriental sobre el carnivorismo ruso.

Todo puede evidentemente sostenerse y aun demostrarse mediante la estadística, que es una buena muchacha que se deja violar sin quejarse.

Mi convicción es que los japoneses no habrían vencido á los rusos, á no contar con más ventaja que la ilusoria del vegetalismo intransigente que se les atribuye.

Como todos los asiáticos que habitan regiones más bien cálidas, los japoneses son grandes consumidores de alimentos ricos en sustancias hidro-

carbonadas (arroz, etc.). Un viejo resto de la moral budista se opone al uso de la carne de *animal de cuatro patas* (exceptuando la liebre, que es considerada como ave). Pero hace mucho tiempo que el régimen alimenticio del ejército ha sido modificado y notablemente diversificado del régimen habitual de la nación. El soldado japonés, para poder adoptar nuestras armas, ha tenido que adoptar también nuestras comidas: el consumo que hace de carne es, aproximadamente, los $\frac{2}{3}$ del correspondiente al soldado francés. Los primeros ensayos de esta transformación fueron realizados en la marina imperial, hace más de 25 años, para poder luchar contra el beriberi, que causaba crueles estragos.

En materia de higiene alimenticia, un amable y juicioso eclecticismo debiera guiarnos en la preparación de nuestras comidas.

El cólera.—Conviene vulgarizar una noción tocante al modo de propagarse el cólera y la tifoidea: la noción del parasitismo disimulado. De las últimas publicaciones de los doctores A. Chantemesse y F. Borel, de especial autoridad, extractamos estas conclusiones:

La causa directa ó indirecta del desarrollo de una epidemia cólerica reside en el hombre. El microbio peligroso se encuentra en sus deyecciones. Esto es sabido y viejo. Lo que se ignoraba antes y es hoy cosa absolutamente probada es el hecho de que un individuo puede ser albergador pasivo de los gérmenes del cólera sin que se revele ningún desorden patológico. Otro tanto puede afirmarse de los pa-

rásitos de la tifoidea y de muchas otras enfermedades. Este hecho complica enormemente la profilaxis de ciertas epidemias. En el caso del cólera, un individuo que viene de un centro de contaminación es peligroso aun cuando se le mantenga en cuarentena un mes entero y aun cuando se desinfecte su equipaje repetidas veces. No obstante la apariencia de salud, sus deyecciones pueden contener microbios tan virulentos como los esparcidos por las deyecciones y vómitos de los enfermos. ¡Cuán difícil es la lucha contra hombres sanos que circulan por todas partes sin que sea posible sospechar el peligro que siembran á su redor!

Amor de madre y de hijo.—Citemos otro sabio, muerto no hace mucho, sin conocer la vejez de que hablamos en el número anterior: Angel Mosso, uno de los fundadores de la ergografía humana, profesor de fisiología en la Universidad de Turín, muerto á la edad de 64 años. Leamos una de sus primeras gloriosas páginas, tal como la interpretamos nosotros hace unos 16 años. Traza el cuadro del amor maternal y del amor filial entre los animales y exclama:

«Si esto es instinto ó afecto, si entre el amor del hombre y el del mono hay verdadera diferencia, yo no lo pregunto. Reconozco que es de toda necesidad para la conservación de la especie el que las cosas sucedan así, sin que esto disimintya mi admiración hacia mecanismos tales. No creo tener ningún mérito en amar á mi madre. Recuerdo lo que ella ha hecho por mí, y aun cuando todo nuestro afecto fuera una simple correspondencia automática de instintos, aun cuando supiere que no existe libertad de obrar de otro modo, me complacería igualmente en estar hecho de manera que no me sea posible dominar las palpitaciones de mi corazón siempre que me aparece su imagen. No creo que por ello sean menos afectuosos mi llanto y mi duelo. Y si en los días de plena alegría, y si en los días de honda tris-

teza me siento llamado hacia su tumba á saludar su memoria, me complazco en ser un autómatas que siente la religión de un afecto en la renovación del dolor y de las lágrimas del último adiós».

La verdadera deuda republicana no se paga.—Entresacamos del *Pele Mele*:

En Roma, aquellos que solicitaban los sufragios del pueblo, se vestían con una bata blanca (*candida*) sin bolsas ni bolsillos. De ahí la palabra *candidato*. Plutarco explica esta sencillez y pureza de traje diciendo «que tenía por fin el alejar toda sospecha de que los pretendientes ocultaran dinero para comprar votos». La ley romana, en efecto, no bromeaba con la corrupción electoral. El candidato que compraba un voto era condenado á pagar anualmente, hasta la muerte, una suma equivalente á cerca de € 4000; pero la ley especificaba que un trato de este género no constituya delito siempre que la suma ofrecida no fuera pagada. No pagando, no había corrupción: había celada de bellacos. Cicerón dice á este respecto: «Hace mucho tiempo que ciertos candidatos se conforman á las prescripciones de esta ley y prometen siempre sin dar nunca nada».

Nuestros candidatos de hoy se ajustan á la ley romana en lo tocante á deudas morales, que es lo principal, aun cuando desacaten dicha ley en lo relativo á deudas metálicas. En lo moral engañan, pero no corrompen. En lo metálico corrompen, pero no engañan. Quedan, pues, absueltos *and go ahead!*

Un pensamiento de P. Kropotkin.—Hay un punto respecto al cual es indudable que el Anarquismo tiene razón absolutamente: esto es cuando considera el estudio de las instituciones sociales como un capítulo de la historia natural, separándose para siempre de la metafísica y adoptando como único método de razonamiento el método mismo que ha servido para edificar toda la ciencia moderna y la filosofía natural.

(*Freedom*, mayo de 1911).